

LIBROS

“FUERA DEL JUEGO”

DE
HEBERTO PADILLA

La colección de poesía “El Bardo”, con muy buen criterio, ha dispensado siempre una entusiasta acogida a las novedades de mayor interés de la poesía hispana. Y no es, ciertamente, la actual poesía cubana una de las menos interesantes.

Ya tuvimos ocasión de comentar, desde estas mismas columnas, la estupenda antología de José A. Goytisolo (Ed. Península); también nos hemos ocupado en otro lugar del libro de Roberto Fernández Retamar, aparecido hace poco en “El Bardo”. Y ahora nos complace hablar de “Fuera del juego” (1), cuyo autor es Heberto Padilla (Puerta de Golpe, 1932).

Es indudable que la poesía cubana contemporánea (en sus muestras más significativas) ha seguido un proceso de intensificación historicista y que las peculiares circunstancias geográficas e históricas que la isla ha vivido han hecho necesaria una lírica activa, que luche decidida y abiertamente contra los elementos aislantes o evasivos que la pudieran comprometer. La definición de Goytisolo (por ahora máximo exégeta de los escritores cubanos entre nosotros) de que estos poetas “cantan desde la revolución”, me sigue pareciendo la más viable.

“Fuera del juego”, cuyo título nos parece acertadísimo y perfectamente acorde con el propósito, las circunstancias y la expresividad que concurren en el libro, sig-

nifica la aparición (y, en parte, el descubrimiento) de un poeta que hundido en su realidad histórica, no abandona la sinceridad emotiva y el atento estudio del poema como estructura literaria y estética.

Heberto Padilla se entrega en cuerpo y alma —y léase ese primer poema: “En tiempos difíciles”— a una idea preconcebida, unas veces observando su realidad y circunstancia inmediatas (entonces el lenguaje se hace directo, admonitorio, con una segunda persona constante a la que el escritor reclama su compromiso); otras veces, se enfrenta al mundo fuera de la isla, en una sociedad donde

*Los anuncios de protección
son artilugos que decoran nuestra
[moral desesperada.
Ni siquiera hay ciudades modernas.
Todas las calles están situadas en
[la antigüedad,
pero nosotros vivimos ya en el
[porvenir.*

entonces el lenguaje se hace más personal, más sereno, más inquiridor. Es la propia experiencia del poeta la que le obliga a investigar en el todo.

En ambas direcciones, Padilla se detiene, piensa, se pregunta sobre el oficio del poeta y por el objeto del poema. Poeta es el hombre que ha de decir la verdad, que no ha de preocuparse por otras razones evasivas; el hombre que vive entre la realidad y el imposible; el hombre que siente la necesidad de centrar su vida en el amor y vislumbra la injusticia y la crueldad; el hombre que está —en fin— fuera del juego; al que hay que despedir:

*A ese tipo, ¡despidanlo!
Echen a un lado al aguafiestas,
a ese malhumorado
del verano,
con gafas negras
bajo el sol que nace.*

Poeta de su tiempo y de su historia: bravo, incisivo y violento; comprensivo y

aterrado, al contemplar al mundo debatiéndose en difíciles contorsiones. Poeta del hablar y del actuar, a pesar de que comprenda que siempre ronda en torno suyo el fantasma del despido.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(1).—Heberto Padilla. "Fuera del juego". El Bardo. Barcelona, 1970. 84 págs.



"MONÓLOGOS"

DE

JUAN J. DE ARMAS MARCELO

La narrativa en Canarias es una faceta muy poco cuidada y de, ciertamente, escasa relevancia. No sé si la causa de tal situación ha sido una saturación cuantitativa y cualitativa de poesía, y el interés subsiguiente que la crítica y los antólogos —realmente numerosos y no siempre bien encaminados— han mostrado hacia el verso, dejando a un lado las referencias hacia la prosa narrativa. No sé si todo el mal radicará en una inclinación natural del hombre de las islas a expresar su pensamiento a través de los cauces transformados, de la expresión sintética y escueta del poema, hecho éste de arraigada tradición. Sea por lo que fuere, el censo de una narrativa de las islas es bien pobre, como, por otra parte, lo ha demostrado una reciente revisión de los narradores canarios más cercanos en el tiempo llevada a cabo en la sección literaria de un diario de Las Palmas. Hecho éste extraño si pensamos que en Canarias se ha contado —y me limito a señalar lo más inmediatamente destacable— con dos

prosistas de notable interés, de trascendencia reputada como han sido Pérez Galdós y Rafael Romero ("Alonso Quesada"). Sólo por la presencia de tales escritores, aunque su influencia no fuese directa e inmediata (hay que pensar en los derroteros de la obra y la persona de Galdós y en la escasa, hasta el presente, difusión de la obra de Rafael Romero) sería de esperar interés y preocupación por la narrativa.

Ha sido, sin embargo, el "boom" de la novelística hispanoamericana —cuya influencia, importancia y trascendencia no negamos, pero seguimos creyendo que no se ha dilucidado del todo y con la adecuada serenidad de juicio— el que parece haber movido a nuestros jóvenes escritores a arriesgarse por el camino de la prosa. Y digo arriesgarse porque me parece que afrontar una tarea como ésta a partir de algo ya hecho, y bien hecho, como son las muestras que nos llegan, implica un riesgo, siempre y cuando la experiencia personal del escritor se obliga a plegarse a modos, cánones y esquemas ya prefabricados. Riesgo, porque no existe una llegada espontánea a la narración, sino siempre *a través de*. Una llegada, además, que se me antoja precipitada y en la que, lo confieso, he estado presente de alguna forma. No obstante, me parece que las muestras más recientes de esta intención saludable e interesante merecen atención, respeto y, sobre todo, continuidad. Continuidad en el trabajo, en la búsqueda y en el encuentro del escritor consigo mismo, despojándose de esa lógica admiración incondicional que le ha poseído.

Uno de esos jóvenes escritores que ha corrido el riesgo, y del que hay que esperar frutos interesantes es Juan J. de Armas que ahora publica un primer cuadernillo (1) de relatos en la no menos interesante nueva colección que es "Inventarios provisionales". Verdad es que esa paternidad literaria que se le niega en la solapa con respecto a los narradores españoles, es un hecho, y me parece que demasiado cla-

ro, con respecto a la terna de narradores suramericanos más en boga: Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez. El pórtico-dedicatoria es lo suficientemente expresivo como para que yo trate ahora de detectar los momentos en los que tal hecho se manifiesta. Y, repito, esto no es un lastre. Todo lo contrario. Es, me parece, un acierto sentirse implicado en una labor semejante. Pero lo que debe tener bien presente nuestro autor es que no es ése sino el comienzo de su trayectoria, de su propia realización como prosista. Adolecen estos tres cortos relatos de esa presencia viva de quien los escribe. Están bien trazados, bien hechos; creo que en Juan J. de Armas hay posibilidades que él mismo debe descubrir y cuidar. Pero me parece necesario que él mismo se plantee el problema de escribir su prosa.

No creo necesario destacar ningún relato sobre los demás. Los tres tienen una tesitura similar y notable; los tres, en su variedad, participan de una misma unidad de valores que, desde aquí, me permito recomendar al lector. "Monólogos" es una muestra muy representativa de lo que intenta con valentía y puede dar, en el capítulo de aciertos, nuestra joven narrativa, que esperamos se prodigue y arraigue con firmeza.

J. R. P.

(1).—Juan J. de Armas Marcelo. "Monólogos". Inventarios Provisionales, 2-3 (narración). Las Palmas, 1970. 32 págs.



"LA REVOLUCIÓN Y LA CRÍTICA DE LA CULTURA"

DE
ALFONSO SASTRE

Muchas veces, la labor volandera de las publicaciones periódicas implica, para su autor, una cierta ingratitud, pues las ideas difundidas a través de artículos y comentarios críticos, pasan generalmente a engrosar las venerables estanterías de cualquier hemeroteca o son condenadas al olvido total que es, lógicamente, la solución más frecuente.

Cuando los temas son de interés, y cuando quien los acomete es una personalidad de indiscutible importancia en la materia, todos agradecemos que esa labor dispersa se recoja en un volumen y se dé al público bajo un orden y estructura premeditados. Tal ha sucedido con la última publicación de Alfonso Sastre (1). No podemos dudar un instante de que, al menos por el momento, la labor teatral y sus conexiones con el mundo que habita, su capacidad de penetración crítica de una historia, de una sociedad y de unos hombres, es tema que a todos importa —o debe importar—. Tampoco descubro nada nuevo aquí si digo que Alfonso Sastre es una de nuestras primeras autoridades en la materia, y que, no sólo su trayectoria dramática, muy amplia y consciente, sino su penetrante actividad crítica —fruto de ella han sido sus otros dos libros: "Drama y sociedad" y "Anatomía del realismo"—, merecen, si no una adhesión incondicional y total, sí una seria consideración y estudio.

Alfonso Sastre formó parte activísima y positivísima de esa *generación puente*, como he dado en llamarla, de los años cincuenta y que se agrupó a la sombra de la actividad universitaria de aquellos años, y, en especial, bajo la égida de aquella "Revista Española" de inolvidable recuerdo, más por sus hombres que por su vida, que bien corta fue. "Arte nuevo" y "G.T.R." y otras tantas empresas vivas y polémicas

de aquellos años no tan lejanos, contaron con Alfonso Sastre entre sus más positivos e interesantes colaboradores. Nos complace, por tanto, traer a nuestras columnas un libro que recoge el dilatado quehacer de una pluma clave de nuestra literatura actual y que es exponente no sólo de las inquietudes de su autor, sino de toda una labor literaria interesante, y por ello siempre difícil. Ya confiesa su propósito Sastre en la introducción: "Este libro... es un reflejo más —un reflejo que trata de ser activo y operante, no un puro y pasivo testimonio— de los *tiempos difíciles* que nos ha tocado vivir a los españoles de estos años; se trata aquí del campo de la cultura en términos muy específicos y restringidos: la literatura y el arte".

Analiza Alfonso Sastre las más variadas vertientes de la creación y de la crítica. Pecaríamos de injustos si señalamos unos capítulos antes que otros. Unas veces es la razón de ser de la crítica frente al diletantismo; otras, la significación de una obra y de unos autores concretos; otras, preguntas y cuestiones a cerca del hecho teatral; otras, referencias concretas a la crítica literaria en España; otras, acomete temas generales en torno a la eficacia de la literatura y el arte en la sociedad occidental. Finalmente, y quiero hacer hincapié en ello, bajo el irónico título de "Cajón de Sastre", el autor recoge, "a modo de apéndice documental", "algunas escaramuzas, públicas o frustradas, con los críticos y otras notas menores". En él se incluye, entre otros temas, la tan sonada polémica que sostuvo Sastre, desde las páginas de ABC, con el redactor de "Primer Acto" Carlos Rodríguez Sanz. Por su valor documental para la biografía de nuestro teatro contemporáneo, la recomiendo especialmente al lector.

Libro vivo, libro polémico, que si no ha provocado la secuela crítica que merece, hay que achacarlo a las fechas de su aparición pública, en las lindes de las vacaciones estivales. Sea como fuere, hay que

esperar mucho de esta visión áspera y penetrante de nuestro fenómeno cultural, pero que por lo dura y difícil nos es más entrañable y necesaria. Si convenimos en afirmar que la cultura es un hecho esencial y primordialmente dinámico, este libro es claro ejemplo y materialización indudable de tal aserto.

J R. P.

(1).—Alfonso Sastre. "La revolución y la crítica de la cultura". Ed. Grijalbo, Barcelona-México, 1970. Col. Nuevo Norte. 270 págs.